

UNA DERROTA AUTOINFLIGIDA

ENTRE 1977 Y 1985, DESDE SU LEGALIZACIÓN A LA EXPULSIÓN DE SANTIAGO CARRILLO, EL PARTIDO COMUNISTA ESPAÑOL DILAPIDÓ EL CAPITAL POLÍTICO ACUMULADO DURANTE DÉCADAS. ¿QUÉ OCURRIÓ?

En junio de 1977, más de cien mil personas reunidas en el cierre de la primera campaña electoral enronquecieron bajo la lluvia mientras coreaban: “¡Aquí se ve / la fuerza del PCE!”. Un lustro más tarde, la noche del 28 de octubre de 1982, los desolados interventores que acudieron a las sedes para constatar la magnitud de la debacle electoral arrojaban las credenciales sobre las mesas como los restos de un naufragio. ¿Qué ocurrió para que el partido que hizo bandera de la reconciliación nacional sucumbiese justo cuando se daba por clausurada la pugna guerracivilista? ¿Qué pasó para que la fuerza cuya legalización fue considerada piedra de toque de la sinceridad del proyecto reformista dilapidara en tan poco tiempo el capital político acumulado durante décadas? ¿Cómo pudo diluirse de tal modo una organización cuyas filas se erigieron en escuela de formación de buena parte de la primera generación dirigente de la democracia, que, aunque luego recalara en casi todo el arco de fuerzas parlamentarias, veló sus primeras armas en lo que en la clandestinidad se conoció como “el Partido”?

El PCE tuvo que hacer grandes esfuerzos de autocontención para lograr su legalización. A veces, la imposición de autodisciplina contribuyó a su autoestima, como en el entierro de los abogados de Atocha; otras, ocasionó las primeras grietas. La primera brecha fue la aceptación de la monarquía y de la bandera bicolor en la reunión del Comité Central de los días 14 y 15 de abril de 1977. Fue la reacción a un comunicado del Consejo Superior del Ejército manifestando su repulsa por la legalización del PCE. Santiago Carrillo respondió al SOS lanzado por el presidente Suárez sometiendo a aprobación del máximo órgano de dirección la acep-

tación de la unidad nacional, la monarquía y la enseña oficial. La proposición fue aceptada sin ningún voto en contra y con once abstenciones. La resolución de la dirección comunista escoció a sus bases, aunque Carrillo, en el apogeo de su autoridad como secretario general, logró aplacar el malestar apelando a eludir un debate perdido de antemano y que entrañaba un serio riesgo de involución. Pero lo que podría haber pasado por un gambito coyuntural fue el arranque de una forma de hacer política en virtud del vértigo de los acontecimientos: el PCE acabó comprometido en un esfuerzo de contención continuado para favorecer el buen fin de la reforma política a costa de embridar la movilización de su base social para no tensionar el proceso. La dirección fue improvisando una política centrada en la esfera institucional y preocupada por reducir el ruido en las calles para no ofrecer coartadas al golpe. En ese contexto, las cesiones fueron percibidas por las bases como un rosario de claudicaciones no recompensadas.

Los pobres resultados electorales de junio de 1977 se leyeron como un éxito de la pertinaz campaña anticomunista

desplegada durante los cuarenta años de dictadura. A fin de romper el prejuicio, el PCE quiso presentarse como una fuerza imprescindible para consolidar la democracia y colaboró en la elaboración de la Constitución, refrendada en diciembre de 1978 –a cuyos aspectos sociales contribuyó su ponente, Jordi Solé Tura–, y en los pactos de la Moncloa del 25 de octubre de 1977, a cuyo éxito confió Carrillo la consecución de su objetivo-fetiché: la formación de un gobierno de concentración. La observancia de los compromisos sociales previstos en los pactos dejó bastante que desear. En abril de 1978, CCOO denunció que el único aspecto

que se estaba cumpliendo a rajatabla era la aplicación de una estricta disciplina salarial. El Estatuto de los Trabajadores de 1980 reforzó el papel de las secciones sindicales en la negociación colectiva, en detrimento de los comités de empresa y de las asambleas. CCOO se movilizó contra el Estatuto y el 14 de octubre de 1979 convocó una concentración nacional de afiliados en Madrid como prolegómeno al llamamiento a una huelga general que el PCE frenó en el último momento. En la primavera de 1980, las ponencias del



FERNANDO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ
HISTORIADOR, AUTOR DE EL TORBELLINO ROJO (PASADO & PRESENTE).



MITIN Y CARTEL DEL PCE en las primeras elecciones democráticas del 15 de junio de 1977. Entre junio de ese año y octubre de 1982, los afiliados pasaron de más de 200.000 a unos 70.000 y los votos de 1.709.890 a 846.515.



SANTIAGO CARRILLO, DOLORES IBARRURI, RAFAEL ALBERTI e IGNACIO GALLEGU, en el Congreso de los Diputados. La expulsión del primero de ellos en 1985 del partido en el que había empezado a militar en los días del asedio de Madrid, en noviembre de 1936, clausuró la etapa del PCE “histórico”.

Congreso del sindicato en Cataluña y los documentos preparatorios del V Congreso del PSUC –los comunistas catalanes– criticaron abiertamente la política de conciliación, los déficits del debate político interno y la asunción por las clases populares de los costes del ajuste. Cada vez era más perceptible el divorcio entre las inquietudes de la militancia y la política institucional.

HEMORRAGIA. Al malestar social se añadió el debate sobre referentes ideológicos. En noviembre de 1977, en la Universidad de Yale, Carrillo dio la primicia del próximo abandono del leninismo. Tras la forzada aceptación de la monarquía y sus símbolos, la hibernación del potencial movilizador, el no bien digerido cuestionamiento de la Unión Soviética y la renuncia autoimpuesta a reivindicar la memoria histórica del partido, el abandono del leninismo era el último quebrantamiento de un conjunto coherente de normas, símbolos y referentes que, independientemente de su vigencia absoluta, conferían al colectivo una personalidad distintiva para sí y ante los demás. El tejido militante, capaz de mostrar un sólido blindaje ante la adversidad, podía manifestarse significativamente lábil ante el

desengaño. A falta de compensaciones en forma de victorias materiales, las renuncias a lo único que quedaba de cierto, lo simbólico, tenían el amargo sabor de una derrota autoinfligida. El seísmo tuvo su epicentro en Cataluña, en el seno del PSUC –precisamente en la organización en la que se habían ejemplificado

FUE UN PERIODO DE FUGA DEL ELECTORADO, DE CRISPAIÓN DE LAS BASES Y REBELIÓN DE LOS CUADROS

las virtudes del eurocomunismo– pero a estas alturas, las grietas motivadas por el disenso se extendían a todos los escalones del partido, desde la base a la cúpula, y a lo largo y ancho del territorio nacional. Todavía no se había digerido bien la condena del aplastamiento de la Primavera de Praga en 1968 cuando vinieron los hechos de Polonia en 1980. Para la corriente ortodoxa, el ciclo abierto en octubre de 1917 no había prescrito y la URSS seguía constituyendo la Patria del Socialismo, con cuyas posiciones internacionales era preciso alinearse.

La hemorragia que drenó las venas del PCE histórico se extendió a lo largo del periodo comprendido entre tres congresos: el IX (1978), el X (1981) y el XI (1983). Los dos primeros se saldaron con la victoria –pírrica, en el segundo de los casos– de las posiciones de Santiago Carrillo. El último fue el pró-

logo de su expulsión. En el intervalo, el PCE sufrió una dramática debacle que condujo casi a su autoliquidación política. Además de la pérdida de músculo militante –entre junio de 1977 y octubre de 1982, los afiliados pasaron de más de 200.000 a unos 70.000–, hubo un desplome electoral que llevó de 1.709.890 votos a 846.515. Fue un periodo de fuga del electorado, de crispación de las bases y rebelión de los cuadros. La expulsión en 1985 de Santiago Carrillo del partido en el que empezó a militar en los días del asedio de Madrid en noviembre de 1936 y en el que había ocupado cargos ejecutivos desde 1944 signaron el acta de clausura de la etapa del PCE “histórico”. Como dijo Vázquez Montalbán, el partido que alcanzó a presidir Dolores Ibárruri durante cuatro años más, hasta su muerte en 1989, era ya la solución de continuidad del que ella había contribuido a fundar. ■

SORTEO Los lectores interesados pueden participar en el sorteo de un ejemplar de *El torbellino rojo* (Fernando Hernández Sánchez, Barcelona, Pasado & Presente, 2022), enviando sus datos de contacto a la dirección postal de la revista o al correo redaccion@artduomo.es antes del 20 de junio. El ganador se dará a conocer en el número de julio.

